Arxiu Històric

RAFAEL CEBRIÁN

Entrevista



FEMECV
Federació d'Esports
de Muntanya i Escalada
de la Comunitat Valenciana

PRESENTACIÓN

Paco Tomás Someso · 22 de marzo de 2023

Rafael Cebrián Gimeno (Valencia, 1934) es un referente del montañismo valenciano. Pionero de la espeleología en la Comunitat Valenciana junto a Juan Sanchis, alpinista y autor de una extensa obra dedicada al excursionismo y a las montañas valencianas, ha compartido su experiencia con varias generaciones de montañeros.

Ingresó a los catorce años en el Centro Excursionista de Valencia (CEV), entidad que presidió entre 1971 y 1976. En la fecha de esta entrevista es socio de la Societat Excursionista de València Guaita y copresidente de honor de la Federació d'Esports de Muntanya i Escalada de la Comunitat Valenciana (FEMECV).

Esta conversación forma parte de la iniciativa de la FEMECV para conservar la memoria histórica del montañismo valenciano a través de los testimonios de sus protagonistas.



Juan Sanchis, Palmira Calvo, Carmen Carbonell y Rafael Cebrián, de izquierda a derecha.

Para empezar, háblanos de tus orígenes. ¿Cómo fueron tu infancia, tus estudios y tu vida profesional?

Nací en Valencia en 1934. Mi infancia y mi juventud estuvieron marcadas por la Guerra Civil, el franquismo y las dificultades económicas. Aun así, pude estudiar una carrera técnica que nunca ejercí. Me gané la vida como representante en el sector del mueble y la decoración.

Me queda la frustración de una época, de lo que pudo haber sido y no fue: mi vocación por la Geografía y la Historia, que no pude estudiar en la universidad.

¿Cómo nació tu afición por la montaña?

Al principio fue un amor por la naturaleza que me transmitió mi padre. En los años cuarenta era maestro en Sellent, un municipio cercano a Xàtiva, y nos llevaba a todos los alumnos al campo a buscar minerales.

Mi padre, formado como maestro durante la República, transmitía a los niños el respeto por la naturaleza y sus enseñanzas. Yo lo interioricé muy pronto.

¿Recuerdas tu primera salida a la montaña? ¿Quiénes te acompañaron en aquellos primeros pasos?

Después de aquellos juegos y exploraciones infantiles en el campo, mi primera salida con ese sentimiento hacia la montaña que me ha acompañado toda la vida fue al Picaio. Tenía trece años e iba con mi hermano, seis años mayor que yo, que ya ha fallecido. Dormimos en tienda de campaña, aunque yo no pegué ojo en toda la noche.

Poco después de aquel bautizo montañero ingresé en el Centro Excursionista de Valencia. Recuerdo una excursión inolvidable al Desert de les Palmes, en marzo de 1948, durante la que cumplí catorce años. En el CEV encontré a quienes fueron mis maestros, amigos y protectores en aquellos primeros pasos por la montaña.

¿Hubo un momento en el que comprendiste que la montaña formaría parte de tu vida para siempre?

Es difícil precisar un momento así. Creo que ese sentimiento íntimo y ese compromiso duradero con la montaña se adquieren progresivamente, a medida que desarrollas actividades.

Pero sí hubo un encuentro determinante: los Pirineos. Tendría diecisiete o dieciocho años. La belleza de la cordillera y el descubrimiento de la alta montaña fijaron de forma indeleble mi pasión por las montañas.

Llegaste al CEV de la mano de tu hermano. ¿Qué ha significado esta entidad en tu vida?

Ha sido y es una parte consustancial de mi vida, una escuela de montaña y de vida. Allí aprendí los principios de respeto, la técnica y el conocimiento de las montañas. Tuve maestros y amigos inolvidables con los que he compartido toda clase de situaciones.

A mis ochenta y nueve años, la amistad forjada en la cordada, el riesgo y las emociones compartidas, la convivencia durante días en la montaña y la solidaridad y el afecto recibidos en la sede social son el mayor y más rico capital que he logrado en la vida. No sé vivir de otra forma que no sea vinculado a una sociedad excursionista. Es un valor que considero ejemplar.

En 2023 se cumplen setenta y cinco años de tu ingreso en el CEV. ¿Cómo vives ese vínculo después de tanto tiempo?

Ingresé en 1948 y tengo el número 31 de socio. Aunque el CEV dejó de existir en 2017, sigo sintiéndome socio del CEV.

Afortunadamente, la Societat Excursionista de València, de la que soy miembro, representa en muchos aspectos una feliz continuidad de aquellos sentimientos. El CEV nunca debió desaparecer.

¿Cuándo empezaste a afrontar actividades de mayor dificultad y compromiso?

No es fácil precisar cuándo decides afrontar técnicamente la dificultad en tu diálogo con la montaña. Sin apenas advertirlo, te va atrapando hasta que un día descubres que forma parte inseparable de tu vida y de tus proyectos personales, y que quieres poner en ella lo mejor de ti mismo.

Además de la alta montaña, me sentí atraído por el esquí como medio para recorrer la montaña invernal y por la espeleología. Ese compromiso con sus distintas vertientes llegó muy pronto, hacia los dieciséis o diecisiete años.

¿Quién te inició en la escalada y cómo fueron tus comienzos en el esquí?

En la alta montaña, la escalada y la espeleología tuve muy pronto un buen maestro: Juan Sanchis, nueve o diez años mayor que yo, con quien sigo manteniendo una cordial amistad. Estaba muy bien dotado físicamente y se encontraba en primera línea del montañismo de los primeros años de la posguerra. Con él aprendí no solo a afrontar la dureza de la montaña, tanto en las cumbres como en las cavernas, sino también a sentirla y venerarla.

En cuanto al esquí, fui uno de sus pioneros en Valencia. Junto a Antonio Martí Mateo iniciamos lo que entonces parecía impensable. Empezamos en Javalambre, sin remontes: largas y fatigosas marchas hasta los neveros y pesadas subidas por pistas improvisadas para disfrutar de descensos cortos y rápidos.

Ese fue el punto de partida. Después, la mejora económica y la difusión del automóvil hicieron más accesibles el esquí de pista y el de montaña. Su aceptación social creció mucho, impulsada en buena medida por las pistas de Alcalá de la Selva, en Valdelinares.

¿Qué ascensión señalarías como punto de partida de la escalada en Valencia?

En septiembre de 1946, Javier Sánchez Pérez, que fue el primer secretario del CEV, y José Gómez Sánchez escalaron el Risco del Fraile. Por su dificultad técnica y por el obligado descenso en rápel, aquella escalada marcó un verdadero punto de partida. Fue una hazaña notable para la época, cuando apenas habían pasado siete años desde el final de la guerra.

El Risco se convirtió en un paso ineludible para quienes se iniciaban en la escalada. Antes de la contienda también hubo un montañismo pionero, pero no se conserva memoria de una ascensión de aquella relevancia.

¿Cómo ha sido tu evolución como montañero? ¿Qué macizos y cordilleras has recorrido?

Los Pirineos, los Picos de Europa, Gredos y Sierra Nevada han sido mis espacios de alta montaña en España, tanto en verano como en invierno, sobre todo los Pirineos.

En la media montaña, mi principal campo de juego han sido las tierras valencianas, con una orografía de gran belleza y llena de sorpresas. También he recorrido otros lugares del centro de España, Andalucía, Cataluña y Aragón, así como montañas de Escocia, Italia, Rumanía, Croacia, Eslovenia y las Azores.

He conocido los Alpes, el Atlas, el Kilimanjaro, la Cordillera Blanca de Perú, el Aconcagua, Nepal y Pakistán —el Himalaya y el Karakórum— y la Patagonia. En las grandes cordilleras he realizado también recorridos sin afrontar sus ascensiones. No he participado en expediciones.

Entre todas esas experiencias, ¿cuáles recuerdas con más cariño?

En la primavera de 1962, Antonio Martí Mateo y yo abrimos la primera vía en el Puig Campana, desde su base hasta la Brecha de Roldán. Fue la primera escalada de grandes paredes en Valencia y un reto para la época.

Los Pirineos ocupan un lugar importante en mi memoria por aquel encuentro con la alta montaña. Después llegaron los Alpes, el escenario del montañismo romántico. Había que ir allí como quien hace una peregrinación al santuario histórico del montañismo.

Más adelante surgió el deseo de conocer las grandes cordilleras y la altura, con la incertidumbre de cómo respondería el cuerpo a la falta de oxígeno. Guardo un recuerdo especial del monte Kenia y del Kilimanjaro, en 1975. Este último, sin dificultad técnica por la vía normal, parece flotar durante el largo recorrido de aproximación desde Nairobi.

También están el Aconcagua, el Himalaya, el Karakórum y la Patagonia. Cada montaña te cautiva por sus características y por el momento de la vida en que la conoces. Por eso son tantos los recuerdos entrañables.



Antonio Daza, Juan Sanchis y Rafael Cebrián en La Tour Ronde

Dcha. ascensión a la "Tour Ronde" 1964
Antonio Daza. Juan Sanchis. Rafael Cebrián

¿Qué alpinistas han sido tus referentes, tanto en España como en el ámbito internacional?

He tenido varios referentes de distintas generaciones. En España destacaría a Agustín Faus, no solo por su trayectoria pionera en la escalada y la alta montaña de la posguerra, sino también como escritor. Mantuve la amistad y el contacto con él hasta su muerte.

En el ámbito internacional también me han atraído mucho los alpinistas escritores: Eric Shipton, Frison-Roche, Lionel Terray, Herzog, Bonatti, Messner… En aquellos tiempos, los clásicos de la literatura de montaña eran una primera fuente de diálogo personal con las montañas. Nos acercaban al sentimiento de las primeras ascensiones y al impulso de sus protagonistas. Las influencias que recibes y que marcan tus objetivos siempre son diversas.

¿En qué disciplinas te has sentido más realizado?

Todas me han gratificado: la alta montaña, la espeleología, el excursionismo, el esquí… Pero la que he practicado con mayor continuidad ha sido el excursionismo.

¿Qué compañeros de cordada recuerdas especialmente?

Juan Sanchis, mi maestro. Después, Miguel Gómez, Antonio Martí Mateo y Ángel Tébar. Con ellos compartí ilusiones, proyectos y una amistad que se ha mantenido hasta nuestros días. Lamento la ausencia de Miguel, que falleció hace unos años.

Todos tenían un nivel muy superior al mío; eran verdaderos primeros de cuerda. Debo reconocer que no he destacado en la escalada ni he tenido ese nivel de primero de cuerda.





Rafael Cebrián, primero por la izquierda en el Montduver, junto a Joaquín Servent (Quino) y Paco Tomás

¿Qué dificultades encontró tu generación para practicar montañismo en la posguerra?

Ingresé en el Centro Excursionista de Valencia en 1948. La entidad se había fundado en 1946 y fue la primera de la posguerra en las tierras valencianas. En aquellos primeros años tras la victoria franquista, la vertebración social era inexistente.

Había precariedad económica y dependíamos exclusivamente de unos transportes públicos muy escasos. Faltaban material y equipo: botas, sacos de dormir… Usábamos cuerdas de cáñamo y carecíamos de enseñanza técnica; los cursillos de escalada tardaron en llegar. Se abrían las primeras vías y se descubrían zonas de escalada.

A ello se sumaba la visión que tenía la dictadura del montañismo: no como un fin en sí mismo, sino como un medio de formación militar. Para quienes no procedíamos de una familia con recursos, todo era un cúmulo de dificultades. La gente desconocía lo que hacíamos y no lo comprendía. Tenía que gustarte mucho la montaña para mantener la afición en aquellas circunstancias.

¿Cómo eran los viajes a los Pirineos y a los Alpes en aquellos años?

Para ir a los Pirineos salíamos de Valencia en tren al final de la tarde y viajábamos toda la noche. Por la mañana llegábamos a Zaragoza y tomábamos otro tren hacia el norte. Después había que hacer transbordo a un autobús, a veces a dos, para llegar por la tarde o por la noche a Benasque, Torla, el valle de Arán o el lugar elegido como punto de partida.

Llevábamos la mochila muy cargada de comida. Había pocos refugios y comer en ellos resultaba caro. Hasta 1956 o 1957, además, necesitabas un salvoconducto de fronteras, que la policía te pedía en el tren una vez que salías de Zaragoza.

A los Alpes fui por primera vez en un 600, un coche que cambió la vida de los españoles. En Francia tomábamos la autopista prácticamente al cruzar la frontera, mientras que en España todavía circulábamos por carreteras malas e insuficientes. Como dato, te diré que costaba más tiempo llegar a los Picos de Europa que a Chamonix.

¿Has formado parte del GAME, la ENAM o la AEGM? ¿Qué otras responsabilidades has desempeñado?

He formado parte de las tres entidades. En el CEV fui directivo en distintas ocasiones y presidente entre 1971 y 1976. También fui miembro fundador del Grupo Espeleológico Vilanova i Piera, creado en el seno de la Diputación de Valencia.

¿Cómo desarrollaste tu actividad como guía de montaña?

Mi actividad como guía titulado se desarrolló exclusivamente en el Centro Excursionista. Durante varias temporadas planifiqué y conduje recorridos por las montañas valencianas y salidas a otros macizos de España. También participé como guía en los campamentos sociales de los Pirineos. Fueron muchas ascensiones, aunque no llevé un registro de ellas.

¿Participaste en rescates?

Durante un tiempo fui responsable de los grupos de socorro dentro del Grupo de Alta Montaña. Intervine en rescates en Valencia y, ocasionalmente, en los Pirineos.

¿Qué importancia ha tenido el asociacionismo en tu vida como montañero y cómo ves su futuro?

Más allá de mi aventura personal, considero que el asociacionismo democrático y libre es fundamental para la sociedad. Supone dotarnos de normas y reglas comunes, defender logros compartidos y hacer que lo que uno puede aportar repercuta en los demás.

Permite aprender junto a quienes saben más y favorece la sociabilidad y el compañerismo. En una asociación, el individuo no está solo. Soy un firme defensor del asociacionismo. Lo he visto avanzar desde cero en la posguerra y, durante toda mi vida, he recibido y sigo recibiendo de esta vocación emotivas recompensas de afecto y amistad.

En cuanto al futuro, he comprobado que las sociedades envejecen sin relevo generacional. Los jóvenes no encuentran en ellas los estímulos que tenían para mi generación ni ven motivos para integrarse. Eso no es bueno: siempre hace falta savia nueva.

Al mismo tiempo, es notable la fortaleza y la madurez de entidades como nuestra Federación. Se deben, en gran medida, a la mayor formación de quienes integran las organizaciones actuales. Es una aportación positiva de responsabilidad.



Has desarrollado una extensa actividad literaria. ¿Qué te llevó a escribir sobre las montañas?

Escribir nace, en principio, de un estado de ánimo y de un impulso personal. En mi caso también influyó la inexistencia de guías de excursionismo en nuestra comunidad durante la inmediata posguerra. El conocimiento de las travesías y las ascensiones se transmitía de forma oral y había un gran vacío sobre el potencial excursionista de nuestras tierras.

Todo ello me llevó a intentar cubrir parte de ese vacío. Al mismo tiempo que exploraba mi tierra y descubría un potencial en buena medida desconocido, lo daba a conocer en los libros.

Desde el principio me preocupó también otro aspecto de esta literatura de andar y ver: la lectura del paisaje y el factor humano, inseparable del medio. Nuestras montañas, bajas y medias, han sido siempre un espacio de vida humana. Esa presencia forma parte del entorno por el que caminamos.

¿Cuántos libros has publicado y cómo ha evolucionado su temática?

He publicado veintidós libros y he colaborado en otros con distintos autores. Hay dos etapas claramente diferenciadas. Al principio escribí itinerarios que agrupé bajo el título genérico de Montañas valencianas, con un estilo descriptivo de las rutas propio de la época.

Abandoné esa línea cuando la información electrónica empezó a sustituir aquel tipo de guías pioneras. Sin salir de mi tierra, pasé a trabajar temas culturales en obras como La arquitectura de la piedra seca, Castillos de montaña, Caminos junto al mar, Parajes mágicos de la Comunidad Valenciana, La Valencia musulmana y Caminos y castillos de la sierra Calderona.



¿Qué temas te habría gustado abordar y han quedado pendientes?

La edad ya no me permite poner en marcha algunas ideas. Se han quedado temas por desarrollar, generalmente relacionados con la cultura de las sociedades preindustriales en el medio rural y con el patrimonio que las define.

Ante un despoblamiento que parece imparable, urge registrar muchos aspectos y testimonios destinados a desaparecer.

¿Cómo han cambiado las montañas y sus pueblos desde tus primeras excursiones?

Cuando me inicié, en 1948, el medio rural valenciano seguía siendo, en lo social y en lo productivo, prácticamente igual que a finales del siglo XIX o principios del XX. La Guerra Civil había frenado los procesos de mejora y los cambios que no llegaron hasta las décadas del desarrollismo, en los años sesenta y setenta.

Desde principios del siglo XX, cuando se alcanzó el mayor poblamiento rural, había empezado un abandono progresivo del campo. Al principio fue un goteo, con un repunte de población en el interior durante la guerra y la posguerra, porque en los pueblos al menos se comía. Con el desarrollismo, aquella deserción del arado se convirtió en una cascada humana.

El excursionismo era entonces un viaje por el espacio vital de una sociedad preindustrial. Contemplabas la vida, la economía y las costumbres de gentes ancladas en el pasado. También era una sociedad injusta, llena de miseria, renuncias y grandes desigualdades.

El tránsito hasta nuestros días ha supuesto el atropello de grandes espacios y la alteración del medio: incendios, urbanizaciones y la destrucción de una red milenaria de caminos, transformados en pistas que, en muchos casos, eran innecesarias y causaron una enorme degradación de los montes.

La arquitectura de los pueblos también ha perdido su estética popular con reformas lamentables que han deformado los paisajes urbanos. Muy pocos se salvan de esa degradación. Ahora asistimos al despoblamiento de las montañas y necesitamos nuevos modelos socioeconómicos que ofrezcan un futuro mejor.

¿Crees que los montañeros han tenido siempre conciencia ecologista?

En general, el amor por las montañas ha ido acompañado de respeto por esos paisajes que nos fascinan y que son nuestro espacio de juego. Muchos éramos ecologistas cuando todavía no sabíamos qué significaba el término.

Ha sido un sentimiento mayoritario, aunque siempre ha habido excepciones penosas y negativas, como ocurre en todo.

¿Cómo ves la respuesta de la sociedad y de la clase política ante el cambio climático?

Hemos llegado a un momento en el que la sociedad es consciente del cambio climático y de sus dramáticas consecuencias. Otra cosa es lo que hacemos para detenerlo o reducir sus efectos, tanto la ciudadanía como los políticos. Ya se ha demostrado que es insuficiente.

Veo el futuro con preocupación, al menos a corto plazo. Los sistemas productivos que generan emisiones de efecto invernadero producen grandes beneficios y están en manos de grupos poderosos. Por eso veo difícil su necesario desmantelamiento y su sustitución por alternativas basadas en energías no contaminantes.

En mayor o menor grado, todos estamos implicados. Detener o paliar los efectos del cambio climático exige una acción global y conjunta que modifique los hábitos sociales, las políticas y los sistemas económicos.

Para terminar, ¿qué reflexión y qué tarea nos dejarías a quienes compartimos tu pasión por la montaña?

Agradezco esta entrevista y quiero aprovecharla para transmitir mi satisfacción por el buen camino de las actividades federativas y felicitar a quienes participáis y contribuís a su futuro.

Entre todos podemos mejorar nuestros objetivos y conseguir que las actividades en el medio natural sean compatibles con su conservación. Esa puede ser también nuestra contribución a un mundo mejor. Mi cordial saludo a todos.

Muchas gracias, Rafa. Ha sido un placer escucharte.

